



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 7

Personajes

Como en cualquier humano, también en Martín Luis Guzmán se perciben rasgos de admiración por ciertos personajes, muestra de ello, son los siguientes cinco textos, dos de ellos son discursos pronunciados en el Senado de la República, donde se puede apreciar la estima o exaltación que causaban en él la vida de estos hombres.

SALVADOR ALVARADO*

El libro que el general Salvador Alvarado dio recientemente a la estampa con el título de *Mi actuación política en Yucatán* no es propiamente un libro, sino la exposición documental con que el ilustre revolucionario sonorensé se defiende de sus enemigos.

Aunque indocta e iletrada —indiferente a bellezas de forma o a estudios políticos o filosóficos, y hecha con fines polémicos inmediatos—, vehemente, agresiva, intemperada a veces, es ésta una obra que deben leer cuantos quieran asomarse a la injusticia social, pintada aquí de primera mano, que prevalecía en la península yucateca hacia 1915. Describe el general Alvarado, enviado allá a someter al rebelde Argumedo, cómo halló a Yucatán. La opulencia y la holgura de las altas clases se apoyaba en la esclavitud de los campos y las ciudades. En las haciendas, los indios, “con el alma y la conciencia sujetas a hierro invisible,... habían aprendido de padres a hijos que no podían tener otro sueño de alegría que el del alcohol”. Esclavos y esclavas ayuntaba el amo para que los siervos hijos vinieran en reemplazo de los siervos padres. De las esclavas vírgenes gozaba el amo, y éste, como quien caza animales, cazaba a los esclavos fugitivos. “Siervos de sus amos eran los esclavos, y los amos, siervos de la tradición.” “Yo —dice el autor— quise redimirlos a todos”.

Igual que en los campos acontecía en las ciudades. Así como en aquéllos había esclavos a millares, millares de pobres indias o mestizas vivían en la ciudad condenadas a servidumbre doméstica so capa de protección tutelar. Y por encima de tamaña explotación inhumana se cernía, para justificarla y hacerla posible, el más apretado de los fanatismos religiosos.

¿Cuál era, ante semejante espectáculo, el papel de un representante del nuevo espíritu y las nuevas ideas mexicanas? El general Alvarado fue de pueblo

* En *Otras páginas*, libro incluido en *La Querrela de México/A orillas del Hudson* (1958).

en pueblo y de hacienda en hacienda; explicó en todas partes el verdadero concepto de la Revolución; difundió intensamente las “ideas reivindicadoras”; dio locales a las agrupaciones obreras y fondos a las sociedades cooperativas; repartió bibliotecas; elevó hasta dos mil el número de los maestros, y hasta dos millones y medio el presupuesto anual para la educación pública. Y consciente de que la obra no acaba ahí, se aplicó a romper las corruptelas administrativas, las inmoralidades inherentes a los gobiernos arbitrarios y caducos: no más recomendaciones, no más compadrazgos, no más influencias. Debía barrer todo aquello: desde la justicia venal hasta las prebendas y los estipendios no devengados. Nada dejó de acometer el autor de *Mi actuación política en Yucatán*, quien, para logro de su propósito, exigió ejemplo y ayuda de sus colaboradores cercanos y distantes y despertó en el pueblo el ansia de orientar a ese fin las fuerzas morales del Estado.

Aparecen a menudo en el libro cartas y documentos contemporáneos con los cuales el ex gobernador explica la necesidad de sus reformas. Unas veces habla al pueblo de lo que es el mandatario oficial, de sus derechos y de sus deberes; otras, se extiende sobre cómo ha de entenderse y aplicarse la justicia, y qué requisitos y cualidades han de exigirse en quienes la administran; otras exalta el concurso de los ciudadanos, sin cuyo cabal asentamiento y simpatía ningún empeño reformador prospera.

“Yo dejé a Yucatán —concluye— sin alcohol, sin juego, sin corridas de toros, sin peleas de gallos, sin loterías, sin prostíbulos, sin vagos.”

Octubre de 1919.

JESÚS URUETA*

La sentencia del legislador de Atenas “no juzguemos de una vida hasta después de la muerte”, pocas veces tuvo, señores, ocasión mejor que ésta, en que el acatamiento y la congoja nos congregan para ofrecer un último homenaje a los despojos mortales de quien fue, si gran pecador, ciudadano insigne e incomparable tribuno. Porque no habiendo sido los días de Jesús Urueta ni los

* Oración fúnebre leída en el cementerio de Dolores, el día 29 de marzo de 1921, al ser inhumados los restos de Jesús Urueta. (*Obras completas*, Compañía General de Ediciones, S.A. México, 1961, tomo I, pág. 160.

de un santo, ni los de un maestro, ni los de un héroe, sino que mientras ellos corrían quedaba atrás un rumor de voces no siempre laudatorias y a menudo discordantes, sus deudos por el corazón y por el espíritu hemos debido esperar esta hora de supremo desinterés para apreciar la magnitud de nuestra pérdida, igual que los contendedores de Troya sólo apreciaron la estatura de Héctor cuando éste yacía en el polvo. Tiene la proximidad de la muerte la virtud de hacernos ecuanímes, justos, generosos, y, así, confusos ahora una vez más ante el misterio del ser y el no ser, el recuerdo de Urueta, cuya vida era hasta hace poco objeto de muy diversas apreciaciones, nos conmueve tan intensamente como si temblara en nuestro pecho la llama, lenitiva y confortante, de la piedad humilde que llora y glorifica el fin de una existencia piadosa, o cual si nos embargaran la angustia y la inquietud, la pena y el terror con que veríamos caer a nuestro héroe y, junto al héroe, nuestra esperanza.

Cumplió con su deber primordial de hombre y de mexicano. Aquí, donde el cultivo del espíritu y las aspiraciones a una vida superior parecen invitarnos a una voluntaria segregación del alma patria, imperfecta y doliente; aquí, donde, como por acuerdo tácito, casi todos los intelectuales rehúyen unir su destino a la suerte de su país, con olvido de que las venturas nacionales, buenas o malas, liberarán o esclavizarán a sus descendientes; aquí, Jesús Urueta, intelectual e ideólogo por disciplina y artista por temperamento, profesó y practicó la política, ¡nuestra política, tan parca en los triunfos, tan larga en los sinsabores! Y fue Urueta un buen ciudadano; un buen ciudadano, porque su probidad en lo material, el claro sentido de lo que es nuestro y lo que no lo es, le concedió al morir la rara prerrogativa —aquí, país donde tan pocas veces la preeminencia y los cargos públicos no prestan instrumento a malversadores y venales— de legar al Estado la tarea de alimentar a su viuda y a sus hijos. Fue un buen ciudadano porque la integridad mental y la lealtad hacia sí mismo nunca lo abandonaron, antes hicieron —aquí, país de tergiversaciones y componendas con la conciencia— consistentes sus actos, una su conducta. En 1908, cuando comenzaba a desentumecerse y romper sus trabas nuestro débil anhelo de pensar, de hablar y de obrar, ya encontramos a Urueta predicando las verdades fundamentales bajo cuya advocación, ora sincera, ora fingida, se ha hecho y deshecho el torbellino de los diez últimos años de nuestra vida pública; y moribundo, todavía tembló en sus labios una plegaria cívica inspirada en aquellas mismas verdades. Sus prédicas, comprensivas y rotundas, al mismo tiempo que señalaban cada uno de los aspectos de nuestro enorme problema nacional, lograron ser clara expresión de las propias raíces de donde ese problema arranca. En sus artículos y sus discursos políticos se contienen todos los principios revolucionarios por lo que aún estamos luchando, y allí también palpitan, y palparán eternamente, las máximas sin cuyo amparo no es posible la vida ciudadana. Entre el bagaje del moderno pensamiento político nuestro, pobre como la vegetación de un páramo, y dominado, como en el páramo domina el cactus, por la arborescencia de argumentaciones mentidas y adulatorias y egoístas —como el cactus fofas, como el cactus espinosas,

como el cactus repelentes—, ¿qué habrá mejor, ni más confortativo, ni más alentador y animoso, que aquellas breves palabras de Urueta dichas con honda convicción la víspera de una década trágica y no negadas después ni cuando los resplandores eran más lúgubres y hasta los entusiastas y los creyentes tornaban a hacerse escépticos? Entonces escribía Urueta: “Nuestros muertos siguen siendo creadores de energía; infatigables, ...todo lo remueven y todo lo vivifican... Son la médula de nuestra historia, la vida de nuestra vida, y nos acompañarán —legión sagrada— a la gran conquista, a la conquista de la ley... Es preciso, es urgente que todos los mexicanos comprendan que la Constitución, sólo la Constitución, puede salvar a la patria... Mientras las instituciones no funcionen normalmente no se puede hablar de paz, ni de progreso, ni de libertad. A mejores ciudadanos corresponden mejores gobiernos. Dentro de un buen gobierno, respetuoso de la ley, ...los ciudadanos elevan su nivel intelectual y moral, el pueblo crece en fortaleza y en virtudes cívicas.” Así pensó, así habló, así predicó Jesús Urueta, ciudadano de México.

Vivió intensamente y para el arte. Aceptó los impulsos de su pasión y supo entretejer con ellos, manteniéndola impoluta, incorruptible, una tendencia nobilísima a contemplar las cosas bellas y a evocarlas. Nadie logrará separar lo que fue en Urueta mera pasión —pasión, es verdad, bien a menudo desordenada y arrebatada por loco desenfreno— de lo que fue en él amor a la belleza o prolongación de ese amor. Pasión y amor de lo bello, émulos, la una y el otro, que mutuamente se acrecentaban, integraron su alma, presidieron cada uno de sus actos y lo llevaron a formular —son palabras suyas— este concepto de la vida humana: “La alegría, el dolor, el amor, el pensamiento, el alma entera, todo viene siempre a la carne, a la cruel y deliciosa carne, ennoblecida y divinizada como una flor milagrosa, por los supremos artistas...” Esclavo de la sugestión de lo bello, pasó junto a nosotros practicando, acaso sin advertirlo, pero con arrogancia natural y un innato desprecio de la hipocresía y los tapujos sociales, esta máxima pagana —fuente del patrimonio de luz legado al orbe por el genio mediterráneo—: el arte principia y acaba en los sentidos, no es sino una sensación, ya simple, ya infinitamente complicada. Y, excesivo en todo, sincero hasta en el error, a sus sentidos, sutilmente afinados e ilimitadamente curiosos, debió Urueta sus cotidianos desaciertos y sus instantes de suprema perfección.

De ahí su arte. Aún lo vemos: en pie; fino y esbelto; la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante; juntas las manos, mientras los dedos estrujan nerviosos un pequeño papel y todo su cuerpo se halla sometido, como si lo dominara alguna fuerza extraña, a un vaivén blandísimo, apenas perceptible. Y de súbito, cuando, al parecer, el genio hasta allí en reposo se agitaba, rompía él a hablar para goce de sus oyentes; porque era dulce su voz, eran claras sus vocales, puras sus consonantes, rítmicas sus palabras, armónicos su gesto y su ademán, trasunto de belleza sus citas y sus evocaciones y profundamente generosa, sedante para el alma, acariciadora para los oídos del cuerpo y del espíritu la eurytmia de sus discursos. Hay oradores —como Justo Sierra— cuya memoria

ha de perpetuarse con la lectura de sus obras. No así Urueta. Guardemos quienes le oímos —rescoldo sagrado— la imagen imborrable, aunque ya confusa, de su arte sin par, y transmitamos a quienes no le oyeron la leyenda de su palabra —¡crisóstomo!—, elocuente y musical como campana de oro. Pero que nadie intente buscar en el molde impreso, en la rigidez de la frase escrita, la realidad de su obra, viva, sinuosa, esencialmente del tiempo, ajena al espacio e imposible de volver a ser sin la intervención de la mágica virtud creadora.

Por ello la pérdida es irreparable. Queda en pie la catedral, compendio de un genio múltiple, y las piedras ennegrecidas mantienen perenne la emoción del sentimiento religioso anónimo, de las manos anónimas que allí se expresaron; contemplan los ojos una pintura o una estatua, y en su esfuerzo por seguir la forma, la mirada describe el mismo trazo que sorprendieron los ojos del artista; se repite un canto a los sonos acordados por un músico en otra época, y el oído, dócil a su guía, revive la obra original; y una historia se relata, y se recita un poema, y se lee un libro. Pero ¿cómo volverá jamás a sacudirnos el temblor derivado de la voz de Urueta, y de sus ademanes, y de sus pausas, y de todo aquel toque, intransmisible y suyo, que él comunicaba a la frase dicha a su manera, a la cita hecha a su modo, a la palabra silabeada según sólo él supo hacerlo? Como de todo artista cuya obra no puede fijarse ni transmitirse, la personalidad de Urueta, su imagen de orador, quedará en la sombra mientras otro artista no la reconstruya iluminándola con su genio.

Y en tanto, el dolor de la impotencia aumenta nuestra angustia. Sobre la luminaria magnífica de su verbo, matizado en ocasiones como un crepúsculo, él elevó una vez la figura de Altamirano y la mostró a nuestros ojos, en un arranque de taumaturgo amante de su patria, como emblema místico de la *fusión espiritual de dos razas y dos civilizaciones*; otra vez, muerto Manuel José Othón, encarnó él de tal modo en la imagen de aquel alto poeta la poesía inherente a la Naturaleza, a la naturaleza visible en lo pequeño y en lo grande, en lo escueto y lo opulento, que quienes lo escuchamos pudimos llegar, a través de sus palabras, hasta la entraña misma de Othón, y luego fuimos capaces de fundir, con la imagen del poeta evocado, el sentido literal y el espíritu oculto de su poesía; otra vez —y éste es el recuerdo más emocionante, el más tierno, pues revive minutos en que fueron igualmente grandes la sencillez y el dolor— Urueta lloró ante nosotros la muerte de Justo Sierra, y la lloró con tal congoja, con tal duelo convirtió en lágrimas nuestro pesar —lágrimas copiosas, lágrimas sin literatura— que casi nos consoló de la pérdida del Maestro. Y ahora, henos aquí, incapaces de llorarlo a él como él merece, incapaces —pese a la presencia de sus despojos y a nuestra comunidad espiritual— de atraer sobre nuestras cabezas, y convertir en halo de la emoción que nos envuelve, siquiera un fugaz aleteo de aquel noble espíritu, siquiera una chispa del fuego que él encendería en nosotros si estuviera aquí tocándonos con su palabra el corazón.

Ha habido, señores, desde que el hombre se dio a examinarse a sí mismo, y a penetrar el universo que lo rodea una filosofía de la vida y una filosofía de la

muerte, infinitamente variadas la una y la otra. En su lucha diaria, o en su juego diario con las cosas del mundo (porque, entre nosotros, lo que no es esfuerzo, lo que no es dolor, es tan sólo un pasatiempo desinteresado), los hombres toman de estas dos filosofías aquello más a propósito para tranquilizarle —en medio de este inexplicable vivir, tan oscuro en su origen como en su finalidad— el ánimo de cada día y para poner en consonancia su pensamiento y sus actos. Y así, la muerte reviste en las páginas de los libros y en las obras de la conducta apariencias innúmeras, verdaderas todas y todas falsas. Mas externamente a nosotros, en la realidad situada más allá de nuestra percepción mental y de nuestras vanidades morales, la muerte es una, por lo insondable y lo inaprehensible; su significación íntima se nos escapa, se nos oculta como la significación íntima se nos escapa, se nos oculta como la significación de la misma vida que vivimos y la conciencia pura que somos. Por eso, cuando nos encontramos delante del paso real de la vida a la muerte, cuando uno de los nuestros, uno de los que con nosotros han sido, pasa a no ser, se produce en nuestro espíritu, como respuesta única, un vacío inmensurable y un dolor profundo cuyo centro quizás radique fuera de nosotros. Y brota entonces desde el abismo de nuestra propia oquedad, desde el fondo de la horrible fatiga hermana de todo dolor, un voto humilde, un sencillo deseo sin orgullo ni vanidades, el voto que querríamos para nosotros, voto viejo como las fatigas y los desengaños humanos: “Descansa en paz”.

Discurso sobre Belisario Domínguez*

Como bien sabe esta honorable Asamblea, el día 10. de noviembre próximo quedará abierto el registro de candidatos a recibir el año entrante la Medalla de Honor Belisario Domínguez del Senado de la República, y de acuerdo también con el reglamento de la orden, antes de esa fecha el Senado habrá de hacer la convocatoria respectiva.

Tomando esto en cuenta, la Comisión de Postulaciones y que, por voluntad de Vuestra Soberanía, será entonces la encargada de calificar las candidaturas que se propongan, cree oportuno hacer desde ahora dos recomendaciones, convencida de que si se juzgan atinadas y se llevan a cabo, ayudarán a que la convocatoria surta todos los efectos deseables dada la importancia que para la vida

* Discurso en el Senado de la República, presidida por Alfredo Toxqui y bajo la secretaría de Carlos Pérez Cámara, 13 de octubre de 1970.

cívica de México tienen la institución y el otorgamiento de tan alta recompensa.

El 28 de septiembre último la Comisión inició el estudio en que habría de basar su dictamen sobre la persona a quien se agraciaria imponiéndole la medalla el día 7 de ese mes, y tan pronto como examinó el expediente; advirtió que si éste era, sin lugar a duda, satisfactorio por los claros méritos de los candidatos, estaba muy lejos de serlo por la manera como en el expediente se reflejaban la atención y el interés que el país había prestado al asunto. En efecto, a juzgar por el contenido del expediente, en el curso de los diez meses transcurridos desde noviembre de 1969 hasta entonces, sólo se habían dirigido al Senado cuatro proposiciones, apoyada cada una de ellas por una sola persona o una sola agrupación; y si bien es cierto que a la semana siguiente se propuso una candidatura más, y algunas otras personas o sociedades o agrupaciones sumaron su voto en favor de uno u otro de los cuatro candidatos primeramente propuestos, esto no modificó de manera sensible la realidad de las cosas. Quedaba en pie el hecho desconsolador de que la mayor parte de las entidades que para este fin representan a la nación mexicana, o casi todas estas entidades, no habían oído el llamamiento del Senado de la República, o que si lo habían oído, no lo habían escuchado o se habían sentido ajenas al impulso cívico de darle respuesta. Porque, de otra suerte, ¿cómo explicarse, señores senadores, tan grande ausencia nacional en un acontecimiento nacionalmente revelador por su propia naturaleza, en un acontecimiento recordativo, año tras año, de lo que la nación mexicana es capaz de dar de sí en hora de gravísima angustia ante el presente y el futuro de la patria?

En octubre de 1913, el gobierno usurpador de Victoriano Huerta, régimen tinto en sangre desde la misma hora que lo vio nacer, se ostentaba todavía con los visos de la falsa legalidad de que ocho meses antes lo había investido el Congreso de la Unión, anonadado por la prisión del Presidente Francisco I. Madero y del Vicepresidente José María Pino Suárez, y por la amenaza de muerte que sobre el uno y el otro pesaba si no se accedía a los designios de aquel execrable militar sin honor. Obligado así por la fuerza de hechos insuperables y ominosos, el 19 de febrero la Representación Nacional había abdicado de su dignidad para poder someterse a las exigencias del usurpador y se había apartado de los deberes confiados a ella por el pueblo.

En vano se hizo tan grande sacrificio. El soldado traidor —criminal de la cabeza a los pies— no sólo asesinaría 48 horas después al Presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez, sino que de allí en adelante seguiría matando, para acallarlos, a cuantos dieran señales de querer estorbarle la senda de su ilegalidad. Eso haría pronto con los diputados Adolfo C. Gurrión y Serapio Rendón, villanamente muertos, uno el 17 de agosto de 1913, y otro el día 22 de aquel mismo mes; pese a todo lo cual, aquella equívoca situación, humillante para quienes la padecían, iba prolongándose, y había alcanzado, tales extre-

mos, que todavía el 16 de septiembre de ese año, Victoriano Huerta se dio el lujo de presentarse al Congreso de la Unión para informar de su gestión administrativa, militar y política, como si en efecto fuera el Presidente legal de la República Mexicana y en el país pudiera existir entonces un estado de derecho después de haber sucumbido el régimen constitucional y la legalidad que no pudieron proteger ni la investidura ni la vida del Presidente y el Vicepresidente que el pueblo había elevado al poder por los cauces institucionales. Hubo más todavía. Tuvo Huerta la avilantez de invitar a los diputados y senadores a un banquete que el día 10 de octubre ofrecería en honor de ellos en el Palacio Nacional, banquete que los diputados desairaron pidiendo que el agasajo se suspendiera, más no sin que el usurpador, al acceder, declarase que atribuía la actitud de sus invitados a la contrariedad que podía haberles causado la toma de Torreón por Francisco Villa el día 10. de aquel mes.

En tal estado las cosas, ¿qué ocurre entonces? ¿Qué aconteció, H. Asamblea, precisamente en aquellos días? Sucedió —frescos están aún en nuestra memoria los elocuentes discursos pronunciados aquí el día 7 por el señor diputado Juan Moisés Calleja y los señores senadores de la República, dándose cuenta de aquella monstruosidad jurídica y política, a que México entero asistía como testigo, resolvió quitar al usurpador, desleal y homicida, quitarle él solo, hasta el último vestigio de su máscara y dejarlo al desnudo dentro del marco de su ilegalidad y su criminalidad. Para esto lo exhibiría en términos inconfundibles e imborrables, y, a sabiendas de la perversa psicología connatural en el victimario de Madero, se pondría al alcance de él asumiendo una actitud de tal grandeza heroica que excitaría en el asesino el ansia arrebatada de matarlo. Así, a consecuencia de un crimen más, pero éste de dimensiones abominables cual ninguna. Huerta, ahora en abierta pugna con el Poder Legislativo, vuelto a su dignidad, se colocaría por sí mismo en el sitio que con su único y verdadero título de usurpador debía haber ocupado desde el 19 de febrero de 1913, día en que se creyó Presidente de la República porque el Congreso, rodeado de las ballonetas del 29 Batallón y atado por la suerte que pudieran correr el Presidente Madero y el Vicepresidente Pino Suárez, le había permitido que se arrogara las funciones presidenciales, exigidas por él a cambio de la vida —no cumplió el trato— de los dos magistrados que arteramente había tomado presos.

Todo este cuadro, cuadro de heroísmo y sacrificio capaces de vencer, guiados por la idea de la Patria, el desenfreno de la ilegalidad más brutal, lleva consigo, implícita y explícita, la Medalla de Honor Belisario Domínguez: implícita por su solo nombre; explícita, por el texto y el contexto del Decreto que la creó. Resulta, pues, clarísimo, señores senadores, clarísimo a juicio de la comisión, que sensibles todos los mexicanos frente a la imagen de sus héroes, y generosos al apreciar las virtudes actuales de muchos de sus hombres y muchas de sus mujeres, sólo por falta de un conocimiento inmediato y oportuno sobre el mecanismo mediante el cual se confiere cada 7 de octubre la Me-

dalla Belisario Domínguez, pueden no atender con su opinión o su candidato el concurso que se abre entre las personas, físicas o morales, a quienes para ello se dirige el Senado.

Dice el reglamento de la orden, en su artículo 4o., que el Senado de la República convocará cada año a la H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, a la H. Suprema Corte de Justicia, a las Secretarías de Estado, Departamentos y gobiernos locales, universidades del país, periódicos y revistas, organizaciones sociales, sociedades científicas y demás instituciones que representen el ambiente cultural de la nación, para que propongan sus candidatos a recibir la recompensa. Y he aquí que en México, país de cerca de cincuenta millones de habitantes, hay, por lo menos, 34 universidades y 69 institutos tecnológicos Estatales, esto es, más de cien instituciones de educación superior, 63 de ellas públicas y 39 privadas. Si a esto se añade lo innumerable de nuestras organizaciones sociales, sociedades científicas o literarias y demás instituciones análogas, y lo incontable de nuestros periódicos y revistas, será perfectamente hacedero que con el concurso de los 31 gobiernos de las entidades federativas, las 29 legislaturas locales y los demás organismos y dependencias oficiales que enumera el decreto, el Senado de la República reciba cada año 10, 15, 20 o más candidaturas propuesta cada una de ellas por una pluralidad de voces que en conjunto sean representativas del ambiente cultural de la nación. Todo se reduce a que la convocatoria se lance y se mantenga viva haciéndola sentir al unísono de los latidos ciudadanos, culturales y patrióticos del país, intención que fue, de seguro, la que el legislador tuvo en mente cuando al probar el Decreto creador de la medalla consideró que le daría por objeto el levantado propósito de fortalecer la conciencia de la nación, al estimular con tan preciada recompensa a los compatriotas nuestros, hombres y mujeres, que se distinguen, en grado eminente, por su ciencia y su virtud en servicios prestados a México o a la humanidad.

Por otra parte, la Comisión de Postulaciones está enterada de que varios señores senadores, considerando la gran estatura histórica de la personalidad de don Belisario Domínguez, verían con gusto que se pusiera el nombre de aquel insigne patricio a la gran presa que actualmente se construye en el Estado de Chiapas, en el sitio llamado "La Angostura", y que en la cortina de la presa, o en otro lugar de ella si resultare más adecuado, se inscriba junto al nombre del eximio chiapaneco alguna de las frases del trascendental discurso que por escrito entregó al Presidente del Senado de la República el día 23 de septiembre de 1913.

La Comisión prohija idea tan laudable, pues piensa, como los autores de ella, que si se la llevara a cabo no sólo se rendiría un homenaje más, impercedero y nacional por su significación, al gran mexicano que con plena conciencia de sus responsabilidades como senador de la República se enfrentó a Victoriano Huerta, sino que, a la vez se haría justo reconocimiento de las virtudes

cívicas del pueblo de Chiapas, en cuyo seno nació el prócer. Piensa, además, la comisión que se pondría así de relieve el sentido social inherente a las grandes obras materiales de la Revolución Mexicana, al convertir una de ellas en monumento vivo dedicado a una de las mayores proezas del espíritu inflexible con que nació y sigue adelante nuestro movimiento de emancipación política, social y económica.

Discurso sobre Vicente Guerrero*

El C. Martín Luis Guzmán: Señor Presidente: Honorable Asamblea: Hace hoy cinco días, la prensa nacional dio a conocer la iniciativa del decreto enviado por el C. Presidente de la República a la Honorable Cámara de Diputados, para que en caso de que el Congreso de la Unión lo apruebe, se conmemore solemnemente el sesquicentenario de la consumación de nuestra Independencia, y se rinda a Vicente Guerrero, el tributo que merece como héroe genuino de aquel gran acontecimiento histórico.

Al leer el documento, varios senadores, entre ellos, quien ahora ocupa la tribuna, convenimos en que de llegar a esta Asamblea, la Iniciativa Presidencial, debería darse cuenta de ella inmediatamente y ser considerada con dispensa de trámites. De ahí la petición que acabo de hacer y mi deseo de fundamentarla; aunque en rigor esto último no se necesite ni en lo circunstancial ni en lo que es esencia del asunto. En cuanto a lo uno, salta a la vista que si, como el Decreto lo establece en su artículo primero, los tres Poderes de la Unión han de reunirse en Tixtla, Guerrero el día 27 de este mes, para celebrar con una solemne ceremonia cívica los ciento cincuenta años de la iniciación de nuestra vida independiente, el tiempo que media de aquí a entonces bastará apenas para que el propósito se realice con el lucimiento debido, pues se trata de recordar, *no lo olvidemos, una de nuestras fechas históricas de mayor trascendencia*. Y con respecto a lo otro, a lo esencial, las definiciones que anteceden al proyecto de decreto hacen también de éste, según acostumbramos decir en términos parlamentarios, “un asunto de obvia y urgente resolución”.

* Discurso en el Senado de la República, presidida por Enrique Olivares Santana y bajo la secretaría de Vicente Juárez Carro, 14 de septiembre de 1976.

Considera el C. Presidente de la República, que al cumplirse el sesquicentenario de nuestra vida independiente debemos conmemorar la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México, hecho con que nuestra Independencia se inició; que procediendo así rendimos homenaje a quienes fundaron nuestra soberanía y nos dieron el ideario de donde se derivará, constante, la voluntad de México para mantener firmes su autodeterminación e independencia; que así se reconoce también cuanto, a impulso de su ideario, las generaciones de mexicanos ilustres, a partir de 1821, han emprendido para hacer posible la vida política, social y cultural de nuestro país; que todo ello arrancó del grito de 1810, y que sacrificado Hidalgo, sacrificado Morelos, sacrificados todos o casi todos los demás caudillos, fue Vicente Guerrero quien, modesto y noble, invencible e inflexible gracias a su fortaleza y a su fe, mantuvo viva la lucha hasta que el triunfo se lograra, por lo que su intuición histórica y su desinterés, y patriotismo, hacen que México vea en él al genuino consumidor de la Independencia.

¿Y cual de entre nosotros, señores senadores, pondrá en duda la validez innegable de todo eso? ¿Habría llegado México a ser lo que es perfilando su personalidad como Estado independiente, sin la resuelta audacia con que Hidalgo, en su visión de un México futuro, consciente y responsable de sí mismo desató la lucha? ¿Lo sería sin que Morelos, a la vez que daba a la lucha proporciones épicas, hubiera empezado a conformar lo que México, dueño de sí, quería y se proponía ser? Y ¿qué decir si Guerrero, apartándose de su firmeza, flaqueando en su fe, desoyendo la voz de su patriotismo, a veces angustiosa, hubiera cejado en aquella hora de crisis que la iniciativa señala tan certeramente al mostrarnos a Guerrero ante el panorama de la insurgencia casi vencida? Y ¿es acaso menos cierto que el México de hoy trae consigo cuanto le han dado para su integración política y su perspectiva cultural, los mexicanos valerosos y progresistas que se sucedieron desde los albores de la Independencia hasta la Reforma, y que, después de tomar respiro, otra vez batallaron hasta abrir con la Revolución de 1910 y la Constitución de 1917, el camino hacia la cabal emancipación del pueblo merced a una economía autónoma en que las libertades y la justicia social sean entidades inseparables?

Verdad palmaria es asimismo que el ideario de la Independencia ha fluido hasta nosotros, y que enriquecido con el de la Reforma y el de la Revolución, ha vivificado nuestra historia y debe hacer que todos los mexicanos, movidos por la conciencia nacional, ya edificada, acudan, clarividentes, a la lucha de México por sostener y aumentar, tanto en la idea como en la práctica, su voluntad de autodeterminación, pues que, en efecto, según se declara en el preámbulo es irrompible el hilo entre los ideales libertadores de los insurgentes y la decisión con que los mexicanos de hoy quieren ser más soberanos frente a lo externo y más equitativos y más justos en lo interno. Porque ello equivale a decir que celebrando así la consumación de la Independencia, nuestra remembranza

patriótica cobrará el completo sentido que debemos darle: exaltaremos, como el Presidente de la República lo pide, el valor glorioso de una gran fecha nacional, y al mismo tiempo ratificaremos, puestos a la cabeza del pueblo los representantes del poder público, la vocación de México por la libertad y sus esfuerzos y títulos para querer desenvolverse y vivir con el concurso del nacionalismo legítimo a que tiene derecho. Y esto, que tan consisa y brevemente se dice en los motivos de la iniciativa, encierra todo un programa de trazos nacionales basado en la recapitulación de 150 años de nuestra historia.

Por lo demás, unir a la solemnidad conmemorativa del sesquicentenario de la consumación de la Independencia la figura de Vicente Guerrero, según los dos artículos del decreto lo disponen, es algo que nace de la naturaleza misma del gran drama histórico que hizo a México independiente. Ningún otro nombre, ninguna otra imagen merecería, con iguales títulos, personificar la recordación y configurarla con las propias palabras del héroe. Lo que los hombres de 1821 habían hecho a partir de 1810, y lo que hicieron al otro día del triunfo no deja resquicio para la menor duda. En Tixtla, cuna de Vicente Guerrero, nació con él, el 10 de agosto de 1782, la voluntad sencilla y desinteresada, tenaz e inquebrantable, de no abandonar la guerra hasta dejarla a cambio de la Independencia. Por eso, ningún lugar mejor que Tixtla de Guerrero para enmarcar la solemne ceremonia. Guerrero fue insurgente desde principios de 1811, o, quizá, desde fines de 1810. Capitán apenas cuando el 17 de diciembre de 1811 se hallaba entre la gente con que Morelos rechazó ese día, en Izúcar, el ataque de los realistas, el 22 de febrero de 1812 participaba ya en el mando de la plaza, atacada otra vez. Y de aquella fecha en adelante, las aptitudes militares de Guerrero y su condición personal le abrieron pronto el camino de su carrera, al punto de que tres años después, en 1814, Morelos le confió la misma misión que cuatro años antes había él recibido del cura Hidalgo: ir a propagar la guerra por el sur.

Tenía entonces Guerrero 32 años de edad. Estaba en la plenitud de su vigor físico, tan grande, que durante su antigua vida de arriero fue capaz de echar al lomo de una mula hasta diez o doce arrobas sin descansarlas sobre las rodillas. Pero, mucho más importante que eso, gozaba ya de su completa madurez mental, del cabal dominio de su inteligencia, clara y rápida, de la firmeza de su carácter, de su incoercible voluntad. Era, según lo describirían después personas que lo conocieron de cerca, "un mexicano que nada debía al arte y todo a la naturaleza; hombre bueno y formal, más bien blanco que moreno, de rostro sanguíneo, nariz aguileña, cabello castaño y ojos vivos café claro; usaba patillas; era alto".

La comisión recibida de Morelos puso a toda prueba la capacidad militar de Guerrero, que se veía lanzado así a una campaña larga y difícil a la hora en que la fortuna del propio Morelos empezaba a declinar. Con todo, él supo estar a la altura de lo que se le pedía, convirtiéndose inmediatamente en

guerrillero, en gran guerrillero, y preparándose a ser general cuando las circunstancias se lo exigieran.

En septiembre de 1814 se deslizó, sin más seguidores que su asistente, a lo largo de una línea de 80 leguas guarnecida por destacamentos enemigos. Con esto inicia la serie de acciones militares que durante cerca de cuatro años lo mantuvo en lucha desigual contra el poder realista, lucha a la que se enfrentaría poniendo en juego su valor, a menudo temerario; su sagacidad y su astucia; su prudencia, su actividad incansable y su intuición y conocimiento de la clase de guerra que hacía, sostenido en todo ello por su heroica devoción a la libertad de su patria.

Todo lo hace en aquella su primera etapa de jefe insurgente, parca en fortunas y pródiga en adversidades; todo lo acomete y sobrelleva, y todo lo sufre, hasta las perfidias y las traiciones. En su primer empeño, un compañero de armas, por celos o envidia, lo denuncia en secreto, e intriga para que se le relegue y vigile. Más no por eso afloja él un momento, o vacila, ni, mucho menos, pierde la fe.

En el cerro de Papolotla permanece ocho días con su gente y sólo dos escopetas y un fusil inservible. Lo atacan 700 hombres. El se arma con hondas y garrotes, y en la noche, pasando un río a nado, irrumpe en el campo enemigo, mata a cuantos puede, dispersa a los demás y al amanecer hace 400 prisioneros, se adueña de igual número de fusiles y recoge municiones y otros pertrechos.

Acampado en una altura, cerca de Jocomatlán, cuando la tropa ha bajado a proveerse de viveres, 300 realistas entran en el pueblo y sorprenden a los soldados. Acude él con el centinela y un tambor; logra que los vecinos del pueblo lo auxilien, y reanimados con esto sus hombres, arrojan del pueblo a los realistas y les quita un cañón.

Con los recursos que eso le allega, más otros de acciones análogas, empieza a formar su división. En el cerro del Chiquihuite inflige al enemigo, que allí lo ataca con más de mil hombres, otra derrota. En el pueblo de Alcosauca, el cura, al servicio de los realistas le ofrece adhesión y lo traiciona. Finge él retirarse por temor a las tropas que se acercan; aguarda en un cerro próximo, y a las once de la noche, vuelve con rapidez, sorprende a quienes pretendían sorprenderlo, coge prisionero al jefe y los desbarata.

Se fortifica en Tlamajalcingo, funde cañones, fabrica pólvora, organiza una maestranza, hace vestuario y uniforme, equipa e instruye a su tropa. Allí se le unen un jefe realista y su compañía. En Xonacatlán, adonde llega, los realistas vienen a combatirlo con fiereza y efectivos muy superiores. Firme y sereno, resiste él, y al fin, rechaza al enemigo, que le deja prisioneros, armas y municiones. Guerrero levanta entonces una fortaleza.

Marcha sobre Tlapa; se atrinchera en el Cerro del Alumbre. Al saber allí que por la Cañada del Naranjo pasará un convoy que va de Oaxaca a Izúcar, se embosca y, antes del amanecer, se apodera de cuanto lleva el enemigo. Cerca de Piaxtla, en Chinautla espera al cuerpo de realistas que trata de presentarle batalla, combate con ellos un día entero y los obliga a retroceder hasta Izúcar.

Díaz después aniquila la fuerza que quiere cerrarle el camino hacia Tlapa, avanza sobre la población y le pone sitio. Enterado pronto de que los realistas van en auxilio de la plaza por el camino de la Cruz, para estorbar el movimiento ocupa con 100 hombres la loma por donde pasa el camino y se afortina en ella construyendo trincheras. Fatigada su gente, en la noche la pone a descansar, y eso permite que en la madrugada se avalance sobre su campo el enemigo, asalte sus trincheras y cargue a la bayoneta. Guerrero en persona dispara el cañón montado allí; una bayoneta le prende el sombrero; el cañón de un fusil le lastima un labio; ya están a punto de cercarlo, pero él, librándose entre disparos a quemarropa, tiene modo de ordenar que se recurra al arma blanca, y por último, tras tremenda refriega, los restos de la columna realista, derrotada, huye hasta Olinalá.

Vista a grandes rasgos, así había sido, hasta noviembre de 1815, mes en que Morelos envió a Guerrero nuevas órdenes, la actividad guerrillera con que el nuevo caudillo del sur cumplía la misión que Morelos le había confiado catorce meses antes. Ahora se le ordenaba reunir inmediatamente todas sus fuerzas y dirigirse con ellas a Izúcar, desde donde juntas varias divisiones, se lanzarían sobre Puebla. Guerrero obedeció, aunque pesaroso, porque aquello lo obligaba a levantar el sitio de Tlapa, cuya caída era inminente.

En el camino hacia Izúcar le llegó la noticia de la prisión de Morelos, ocurrida el día 5 de aquel mes; y eso, de pronto, lo puso a la cabeza de una buena parte del ejército revolucionario. Dio escolta al Congreso hasta Tehuacán, con fidelidad y espíritu cívico. Se dirigió luego a Xonacatlán, donde recibió noticias de la disolución del Congreso y la formación de un nuevo gobierno insurgente. Marchó sobre Acatlán. Otras fuerzas acudieron a darle apoyo. Se entabló y prolongó un encuentro de cuatro días. Más al fin y ya solo él, pues las tropas de auxilio la abandonaron, el jefe de la plaza se le rindió.

Aunque, muerto Morelos, la guerra por la Independencia parecía declinar, Guerrero la llevó adelante con denuedo y tesón, y sujeta su suerte militar a las mismas peripecias que antes: vencía, lo derrotaban. Pero ahora los descalabros se sucedían peores y más frecuentes. En febrero de 1817, reunidas varias columnas realistas, sitiaron a Xonacatlán y la tomaron. El desastre fue total. Guerrero tuvo que empezar otra vez, como en 1814, y de nuevo volvió a crecer.

El 6 de marzo de 1818 la Junta de Jaujilla lo proclama General en Jefe del Sur, lo que no impidió que fuerzas realistas, cada vez más mayores, lo persiguieran y lo obligaran, acosado, a andar oculto varios días —lo dice así su biógrafo, José María Lafragua—, en compañía de unos cuantos hombres, atravesando ríos, trepando por los riscos y careciendo hasta de alimento.

Hacia junio de 1818 se había rehecho. El 15 de septiembre de ese año atacó en Tamo, venturosamente, a los realistas, victoria que le permitió equipar los 1800 hombres de su nueva división. Quince días después vuelve a triunfar, ahora en Tzirándaro, y lo que el enemigo le deja es bastante para que aumente sus tropas y se disponga a reconquistar la Tierra Caliente.

Sin embargo, antes de emprender esta expedición —son palabras de Lafragua— “reunió a los vocales de la Junta de Jaujilla, y reinstalando así el gobierno, dio una nueva y brillante prueba de su desinterés, de su ardiente patriotismo y de la pureza y rectitud de sus intenciones.”

Muchas son, siempre afortunadas, las operaciones militares en que entonces se empeña: Coyuca, Santa Fe, Tetela del Río, Cutzamala, Huetamo, Tlachapa, Cuautotlán, Chilapa, y así durante 1819 y 1820. “Vicente Guerrero —vuelvo a citar a Lafragua— no era ya un jefe oscuro, sino un general de inmensa nombradía; su ejército no era ya una turba indisciplinada, sino una fuerza respetable por su número e instrucción; su dominación no se limitaba ya a los cerros y a las barrancas, sino que se extendía por todo el sur. En suma: Guerrero era el digno sucesor de Morelos, adiestrado por la experiencia, probado por la adversidad y justamente admirado de los mexicanos, y aún de los españoles, por su humanidad, por su constancia y por la nobleza de sus acciones”.

En las horas más sombrías de aquella larga lucha, hacia noviembre o diciembre de 1817. Guerrero pasó por una de las pruebas más duras que pueden acongojar y estrujar el corazón de un hombre de bien, prueba que en él puso a descubierto, una vez más, y todavía más elocuentemente, la entereza de su carácter, lo inmovible de sus convicciones y lo acrisolado de su patriotismo.

Había muerto Morelos, habían sucumbido también tantos otros jefes insurgentes, o tantos se habían acogido al indulto, o se hallaban presos, que Guerrero, de ser menor su hombría, hubiera podido dejarse llevar del desaliento al sentirse casi solo. Y es entonces cuando el virrey, ansioso de someter a Guerrero por cualquier medio, pide al padre del caudillo sea él quien en persona le proponga el indulto. El relato del inmortal episodio, cruel y tierno a la vez, lo recogió desde 1831 Lorenzo de Zavala, quien asegura haberlo escuchado de labios del propio Guerrero y lo consigna así en su Ensayo Histórico de las Revoluciones de México:

“...La revolución no contaba con otro que mantuviese una fuerza activa, y enarbolase la bandera mexicana más que don Vicente Guerrero en las montañas del Sur. Desde allí se ocupaba en dirigir circulares que tenían por objeto no dejar amortiguarse el espíritu de la Independencia, haciendo fijar sobre él las esperanzas moribundas de la patria, y las miradas del gobierno virreinal, que temía una tempestad de aquella pequeña nube. Nada omitió el virrey para hacer que Guerrero, desistiese de su empresa: promesas las más lisonjeras de dinero, de empleos: amenazas, fuerzas empleadas en su persecución. Por último, hasta los respetos de un anciano padre pusieron la ternura filial de este hombre extraordinario a la prueba más terrible en que puede hallarse un hombre... Don Pedro Guerrero, padre de don Vicente, se decidió desde el principio por el partido de los españoles, hasta llegar el caso de entrar en servicio activo contra los patriotas, teniendo que combatir muchas veces contra las partidas que mandaba su mismo hijo y habiendo salido herido en una pierna. Retirado del servicio, no cesaba de escribirle, persuadiéndole que abandonase una causa que no ofrecía ningunas esperanzas de felices resultados, y en la que se sostenían principios contrarios al rey y a la religión... Don Vicente Guerrero, que había abandonado a su esposa y una hija de tierna edad, por consagrarse al servicio de la patria no era capaz de ceder a los consejos ni a los mandatos de un padre que hablaba en favor del despotismo y de las preocupaciones. Pero el virrey creyó que la presencia del padre causaría más efecto sobre la obstinación del joven caudillo, y al efecto se le autorizó para dirigirse solo a verle, y tocar todos los resortes que pudiesen reducirle. Partió el anciano Guerrero y encontró a su hijo en medio de sus tropas, proyectando nuevas tentativas contra el enemigo. La presencia de su padre le causó una impresión tan viva, que no pudo ocultarla ni a sus oficiales ni a su padre mismo: le tenía un amor tierno y una veneración profunda ambas cosas efecto de los sentimientos que le había inspirado en su juventud. El joven hizo retirar a su comitiva y esperó que su padre le hablase. Este le hizo ver los peligros a que estaba expuesto, lo desesperado de la causa, cuya única esperanza era el mismo Guerrero, la benevolencia del gobierno, que ofrecía mantenerle su grado y hacerle una donación grande de numerario. Le representó la suerte de su familia desgraciada, de su esposa en prisión, de su hija abandonada a la suerte. Por último, se arrodilló delante de su hijo, le abrazó las rodillas, y llorando le pidió que volviese al seno de su familia, y aceptase las ofertas del gobierno, Guerrero oyó con serenidad a su padre, lloró con él, y sin decir palabra, llamó a sus oficiales, y dirigiéndose a ellos, “Compañeros, les digo, veis a este anciano respetable, es mi padre, viene a ofrecerme empleos y recompensas en nombre de los españoles. Yo he respetado siempre a mi padre; pero mi patria es primero”. (Todos de pie tributan un prolongado y nutrido aplauso.) Le besó la mano, y le suplicó no volviese a verle, si tenía por objeto su visita separarle de sus compromisos”.

He aquí el hombre, he aquí el caudillo que en febrero de 1821 estaba llamado a consumir la Independencia de México, a consumirla por la enorme fuer-

za de su personalidad insurgente y del sitio que ocupaba y no había hurtado o escamoteado, sino que era el término de una senda rectilínea recorrida con valor, esfuerzo, constancia, abnegación, desinterés y patriotismo.

El grito de Dolores había proclamado, juntamente con la independencia, la libertad, y así lo entendieron desde luego, y lo entenderían y sentirían cuantos acudieron a pelear por esa causa. Pero existían en la Nueva España clases sociales y corrientes políticas no sólo contrarias a la libertad, sino a quienes el mero concepto de la libertad las espantaba. Por eso el conflicto, que había durando once años, se resolvió de pronto cuando al restablecerse en España, en 1820, la Constitución de 1812, código de libertades, aquellas clases y aquellas corrientes decidieron hacer la independencia de modo que fuera una independencia sin libertad. En favor de este designio se conspiró y se urdió toda una intriga para que los conspiradores contaran con un jefe realista capaz de conseguir, con habilidad que las tropas del virrey y las insurgentes se abrazaran en torno a la idea de la independencia y así, abrazadas, el poder político, social y económico del virreinato quedara en las mismas manos que lo detentaban. Aquel jefe realista fue Agustín de Iturbide.

Lorenzo de Zavala, al llegar a este pasaje en su Ensayo Histórico de las Revoluciones de México, se preguntaba: “¿Quién podría haber pensado jamás que el oficial mexicano que había derramado más sangre de sus conciudadanos para sostener la dependencia y esclavitud de su patria, fuese el destinado a ponerse a la cabeza de un gran movimiento que destruyese el poder de los españoles para siempre? ¿Qué se hubiera pensado del que en 1817 hubiese dicho que Iturbide ocuparía el lugar de Morelos, o que sustituiría a Mina?”

La noticia del restablecimiento de la Constitución en España llegó a México a fines de abril de 1820, y el 30 de mayo siguiente, tras varios días de dudas y vacilaciones por parte del virrey, que era absolutista, el código fundamental se juró.

Iturbide salió de la ciudad de México a mediados de noviembre de 1820. Iba a procurar, en apariencia, la destrucción de Guerrero y sus tropas, pero resuelto, en realidad, a proclamar la independencia uniéndose al caudillo insurgente del sur. Esto no evitó varios encuentros militares, algunos encarnizados y todos favorables a las armas de Guerrero. Iturbide decidió entonces escribir a Guerrero. Su carta, muy estudiada y sin el menor ápice de la franqueza que prometía y anunciada en sus primeros renglones, decía entre otras cosas, las siguientes:

“Muy señor mío: Las noticias que ya tenía del buen carácter e intenciones de usted... me estimulan a tomar la pluma en favor de usted mismo y del bien de la patria. Sin andar con preámbulos, que no son del caso, hablaré con la franqueza que es inseparable de mi carácter ingenuo. Soy interesado como el que

más en el bien de esta Nueva España, país en que como usted sabe he nacido, y debo procurar por todos los medios su felicidad. Usted está en el caso de contribuir a ella de un modo muy particular, y es, cesando las hostilidades, y sujetándose con las tropas de su cargo a las órdenes del gobierno, en el concepto de que yo dejaré a usted el mando de su fuerza, y aún le proporcionaré algunos auxiliares para la subsistencia de ella.

“Habiendo ya marchado nuestros representantes al Congreso de la península, poseídos de las ideas más grandes de patriotismo y de liberalidad, manifestarán con energía todo cuanto nos es conveniente; entre otras cosas, el que todos los hijos del país, sin distinción alguna, entren en el goce de ciudadanos, y tal vez venga a México, ya que no puede ser nuestro soberano el señor don Fernando VII, su augusto hermano el señor don Carlos, o don Francisco de Paula; pero cuando esto no sea, persuádase usted que nada omitirán de cuanto sea conducente a la más completa felicidad de la patria. Más si contra lo que es de esperarse, no se nos hiciese justicia, yo seré el primero en contribuir con mi espada, con mi fortuna y con cuanto pueda a defender nuestro derecho; y lo juro a usted y a la faz de todo el mundo, bajo la palabra de honor en que puede usted fiar porque nunca la he quebrantado ni la quebrantaré jamás.

“Dije antes que no espero que se falte a la justicia en el Congreso, porque en España reinan hoy las ideas liberales, que conceden a los hombres todos sus derechos; y se asegura, en cartas muy recientes, que Fernando VII el Grande no ha querido que en las Cortes se decidan reformas de religiones y otros puntos de esta importancia, hasta tanto no llegan nuestros representantes, lo que manifiesta con claridad que estos países la merecen a S. M. el debido aprecio. Ya sabrá usted también como, por los mismos principios, han sido puestos en libertad los principales caudillos del partido de usted que se hallaban presos, don Ignacio Rayón, don José Sixto Berdusco, don Nicolás Bravo, etc.

“Supongo que usted no inferirá de ninguna manera que esta carta es por otros principios, ni tiene otro móvil que el que le he manifestado; porque las pequeñas ventajas que usted ha logrado, de que ya tengo noticia, no pueden poner en inquietud mi espíritu, principalmente cuando tengo tropa sobrada de qué disponer, y que si quisiese, me vendría más de la capital.

“Si usted oye con imparcialidad mis razones, seguro de que no soy capaz de faltar en lo más mínimo, porque esto sería contra mi honor, que es la prenda que más estimo, no dudo que entrará en el partido que le propongo, pues tiene talento sobrado para persuadirse de la solidez de estos convencimientos.

“El Señor Dios de los ejércitos me conceda este placer; y usted, entre tanto, disponga de mi buena voluntad, seguro de que le complacerá, en cuanto sea compatible con su deber, su atento servidor que lo estima y S.M.B. —Agustín de Iturbide”.

Guerrero, él si franco y directo contestó rechazando el indulto, que ya antes había rehusado cuando se le ofrecía por conducto de su padre. Su respuesta, honrosa para él y para la causa de los insurgentes, debiera transcribirse íntegra aquí; pero como su longitud no lo permite, leeré sólo los siguientes párrafos:

“Señor don Agustín de Iturbide. — Muy señor mío: Hasta esta fecha no llegó a mis manos la atenta carta de usted de 10 del corriente; y como en ella me me insinúa que el bien de la patria y el mío le han estimulado a ponérmela, manifestaré los sentimientos que me animan a sostener mi partido. Como por dicha carta descubro en usted algunas ideas de liberalismo, voy a explicar las mías con franqueza.

“Todo el mundo sabe que los americanos, cansados de promesas ilusorias, agraviados hasta el extremo, y violentados, por último, de los diferentes gobiernos de España, que levantados entre el tumulto, uno después de otro, sólo pensaron en mantenernos sumergidos en la más vergonzosa esclavitud, y privarnos de las acciones que usaron los de la península para sistemar su gobierno durante la cautividad del rey, levantaron el grito bajo el nombre de Fernando VII, para sustraerse sólo de la opresión de los mandarines... Cuando llegó a nuestra noticia la reunión de las Cortes de España creíamos que calmarían nuestras desgracias en cuanto se nos hiciera justicia. ¡Pero qué vanas fueron nuestras esperanzas cuando dolorosos desengaños nos hicieron sentir efectos muy contrarios a los que nos prometíamos!

“...Perdimos la esperanza del último remedio que nos quedaba, y estrechados entre la ignominia y la muerte preferimos ésta, y gritamos: ¡Independencia y odio a aquella gente dura! Nos mana una noble resignación y hemos prometido ante las aras de Dios vivo ofrecer en sacrificio nuestra existencia, o triunfar y dar vida a nuestros hermanos. (Aplausos.)

“Digase con qué causa puede justificarse el desprecio con que se miran los reclamos demandados de ultramar sobre innumerables puntos de gobierno, y en particular sobre la falta de representación en las Cortes. ¿Qué beneficio le resulta al pueblo cuando para ser ciudadano requierense tantas calidades que no se encuentran, maliciosamente, en la mayor parte de los americanos?... Cuando todas las naciones del universo están independientes entre sí, gobernadas por los hijos de cada una, sólo la América depende afrentosamente de España, siendo tan digna de ocupar el mejor lugar en el teatro universal.

“Convengamos en que usted equivocadamente ha sido uno de nuestros mayores enemigos y que no ha perdonado medios para asegurar nuestra esclavitud; pero si entra en conferencia consigo mismo, conocerá que siendo americano ha obrado mal; que su deber le exige lo contrario; que su honor le encamina a mayores empresas, dignas de su reputación militar; que la patria espera de

usted acogida; que su estado le ha puesto en sus manos fuerzas capaces de salvarla; y que si nada de esto sucediese, Dios y los hombres castigarán su indolencia.

“Estos a quienes usted reputa como enemigos, están tan distantes de serlo, que se sacrifican gustosos para solicitar el bien de usted mismo; y si alguna vez manchan sus espadas en la sangre de sus hermanos, lloran su desgracia, porque se han constituido sus libertadores y no sus asesinos.

“Usted y todo hombre sensato, lejos de irritarse con mi rústico discurso, se gloriarán de mi resistencia; ...supuesto que no tienen otros principios que la salvación de la patria, por la que usted se manifiesta interesado. Si ésta inflama a usted, ¿qué, pues, le retarda para declararse por la más pura de todas las causas? Sepa usted distinguir, y no se confunda; defienda usted sus verdaderos derechos, y esto le labrará la corona más grande; entienda usted que yo no soy de aquellos que aspiran a dictar leyes, ni pretendo erigirme en tirano de mis semejantes; decídase usted por los verdaderos intereses de la nación, y entonces tendrá la satisfacción de verme militar a sus órdenes, y conocerá un hombre desprendido de la ambición y que sólo aspira a sustraerse de la opresión, y no a elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas. (Aplausos.)

“Esta es mi decisión, y para ello cuento con una fuerza regular, disciplinada y valiente, que a su vista y con la opinión general de los pueblos huyen des-pavoridos cuantos tratan de sojuzgarla; que está decidida a sacudir el yugo o morir, y con el testimonio de mi propio conciencia, que nada teme, cuando por delante se le presenta la justicia en su favor.

“Comprenda usted que nada me sería más degradante como el confesarme delincuente, y admitir el indulto que ofrece a nombre del gobierno, del cual he de ser contrario hasta el último aliento de mi vida; más no me desdeñaré de ser un subalterno de usted en los términos que digo; asegurándole que no soy menos generoso y que con el mayor placer entregaría en sus manos el bastón con que la nación me ha condecorado.

“Soy de sentir que lo expuesto es bastante para que usted conozca mi resolución y la justicia en que me fundo, sin necesidad de mandar sujeto a discutir sobre propuesta alguna, porque nuestra única divisa es independencia y libertad. Si este sistema fuese aceptado por usted conformaremos nuestras relaciones; me explayaré más, combinaremos planes, y protegeré de cuantos modos me sea posible sus empresas; pero si no se separa del Gobierno constitucional de España, no volveré a recibir contestación suya, ni verá más letra mía. (Aplausos.)

“Le anticipo a usted esta noticia para que no insista ni me note de impolítico, porque ni me ha de convencer nunca a que abrace el partido del

rey, sea el que fuere, ni me amedrentan los millares de soldados, con quienes estoy acostumbrado a batirme. Obre usted como le parezca, que la suerte decidirá, y me será más glorioso morir en la campaña que rendir la cerviz al tirano. (Aplausos.)

“Nada es más compatible con su deber que el salvar la patria, ni tiene otra obligación más forzosa... Concluyo con asegurarle que, en vista de las circunstancias favorables, a que hemos llegado, la nación está para hacer una explosión general; que bien pronto se experimentarán sus efectos; y que me será sensible perezcan en ellos los hombres que, como usted, deben ser sus mejores brazos.

“He satisfecho el contenido de la carta de usted porque así lo exige mi crianza, y le repito que todo lo que no sea concerniente a la total independencia, lo disputaremos en el campo de batalla. Si alguna feliz mudanza de usted me diere el gusto que deseo, nadie me competirá la preferencia en ser su más fiel amigo y servidor, como lo promete su atento Q. S. M. B.-Vicente Guerrero.-Rincón de Santo Domingo, a 20 de enero de 1821.”

Iturbide escribió nuevamente a Guerrero, ahora desde Tepecuacuilco, diciéndole, entre otras cosas éstas:

“Estimado amigo: No dudo en darle a usted a este título, porque la firmeza y el valor son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien, y me lisonjeo de darle a usted en breve un abrazo que confirme mi expresión.

“Para facilitar nuestra comunicación, me dirigire desde luego a Chilpancingo, donde no dudo que usted se servirá acercarse, y que más haremos sin duda en media hora de conferencia que en muchas cartas.

A haber recibido antes la citada carta de usted y haber estado en comunicación, se habría evitado el sensibilismo encuentro que usted tuvo con el teniente coronel don Francisco Antonio Berdejo el 27 de enero próximo, porque la pérdida de una y otra parte ha sido pérdida para nuestro país. ¡Dios permita que haya sido la última!”

Resultado de aquéllas comunicaciones fue el concierto de una entrevista entre ambos jefes, la cual se celebró días después, en el pueblo de Acatempan, y que, según la refiere Lorenzo de Zavala, basándose en el relato que de ella le hizo el propio general Guerrero, ocurrió así:

“La conferencia se verificó en un pueblo del Estado de México, cerca de un lugar que después se hizo célebre por haber recibido en él una herida el mismo Guerrero, cuando hacia la guerra a Iturbide por haber usurpado el mando con

el título de emperador. Ambos jefes se acercaron con cierta desconfianza el uno del otro, aunque evidentemente la de Guerrero era más fundada. Iturbide había hecho una guerra cruel y encarnizada a las tropas independientes del año de 1810. Los mismos jefes españoles apenas llegaban a igualar en crueldad a este americano desnaturalizado; y verlo, como por encanto, presentarse a sostener una causa que había combatido, parece que debía inspirar recelos a hombres que, como los insurgentes mexicanos, habían sido muchas veces víctimas de su crueldad y de perfidias repetidas. Sin embargo, Iturbide, aunque sanguinario, inspiraba confianza, por el honor mismo que él ponía en todas sus cosas. No se le creía capaz de una felonía, que hubiera manchado su reputación de valor y de nobleza de proceder. Por su parte muy poco tenía que temer del general Guerrero, hombre que se distinguió desde el principio por su humanidad, y una conducta llena de lealtad en la causa que sostenía. Las tropas de ambos caudillos estaban a tiro de cañón una de otra: Iturbide y Guerrero se encuentran y se abrazan. Iturbide dice el primero: "No puedo explicar la satisfacción que experimento, al encontrarme con un patriota que ha sostenido la noble causa de la independencia, y ha sobrevivido él solo a tantos desastres, manteniendo vivo el fuego sagrado de la libertad. Recibid este justo homenaje de vuestro valor y de vuestras virtudes". Guerrero, que experimentaba por su parte sensaciones igualmente profundas y fuertes: "Yo, señor, le dije, felicito a mi patria porque recobra en este día un hijo, cuyo valor y conocimientos le han sido tan funestos". Ambos jefes estaban como oprimidos bajo el peso de tan grande suceso: ambos derramaban lágrimas que hacia brotar un sentimiento grande y desconocido. Después de haber descubierto Iturbide sus planes e ideas al Sr. Guerrero, este caudillo llamó a sus tropas y oficiales, lo que hizo igualmente por su parte el primero. Reunidas ambas fuerzas, Guerrero se dirigió a los suyos y les dijo: "Soldados: Este mexicano que tenéis presente es el Sr. D. Agustín de Iturbide, cuya espada ha sido por nueve años funesta a la causa que defendemos. Hoy jura defender los intereses nacionales: y yo, que os he conducido a los combates, y de quien no podéis dudar que morirá sosteniendo la independencia, soy el primero que reconozco al Sr. Iturbide como el primer jefe de los ejércitos nacionales. ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad!" (Aplausos.)

Ante la magnanimidad con que Vicente Guerrero procedió en Acatempan, don José María Lafragua, preclaro liberal, hace, en su biografía del héroe, esta reflexión:

"Que Guerrero hubiera entregado el mando a uno de sus antiguos jefes, a un compañero de sus glorias o de sus infortunios; a Bravo, prisionero; a Victoria, prófugo; a Terán, indultado, habría sido siempre una acción noble y generosa, porque siempre bajaba del puesto a que tan digna y justamente había subido; que, al fin, aquéllos hombres habían, con más o menos fortuna, con más o menos acierto, sostenido la misma causa. Pero reconocer por jefe al más encarnizado de sus enemigos, al más robusto apoyo del gobierno español, al

que por tantos años había derramado la sangre de los mexicanos y reconocerle sin más garantía que su palabra de honor, fue, preciso es confesarlo, una acción eminentemente heroica, y que pocos ejemplos tendrá en la historia. Aquella generosa abdicación, aquella voluntaria obediencia, prueban la grandeza del alma de Guerrero, que todo lo olvidaba, orgullo, resentimientos, honores, gloria, ambición, poder, todo ante el servicio de la patria.” (Aplausos.)

Cabe recordar también lo que el maestro Justo Sierra fallaría muchos años después, al referirse a este hecho: “De aquel modo —dijo—, un raquítico conciliábulo de sacristía —cito de memoria— se transformó en un movimiento nacional al contacto del caliente corazón de Vicente Guerrero.”

Señor Presidente, Honorable Asamblea: Creo no equivocarme al esperar que, tal como lo pedí, se dispensarán los trámites a la iniciativa que nos ocupa, y que, sometida a votación, se aprobará el decreto sin nada que lo modifique. Pero algo me falta añadir. Cuando en Tixtla de Guerrero se celebre el acto conmemorativo de la Consumación de nuestra Independencia, por la cual la patria le debe tanto a Vicente Guerrero, el espíritu de todo el pueblo mexicano, seguramente, estará allá, y eso mismo habrá de suceder cuando en el recinto de la H. Cámara de Diputados, y en el de la H. Cámara de Senadores, y en el de la H. Suprema Corte de Justicia, y en el Palacio Nacional se inscriba el apotegma que en un trance de infortunio, pero de íntimas y consoladoras afirmaciones espirituales, hizo aquel magnífico caudillo de nuestras luchas por la Independencia, cuyas palabras ejemplares iluminarán, más de cerca desde hoy, a cada uno de los mexicanos, gracias a la sensibilidad histórico del Presidente Luis Echeverría: “La patria es primero.” (Todos de pie tributan un prolongado y nutrido aplauso.)

La muerte de David Berlanga*

Una mañana Rodolfo Fierro llegó a la Secretaría de Guerra menos compuesto y sonriente que de costumbre. En realidad, su hermosa figura se conservaba íntegra. Ostentaba, como siempre, aquel admirable par de mitasas que adquirirían en sus piernas un vigor de línea único y cabal. Su sombrero, tejano, de lo más fino y blanco, no había perdido, en la manera como le cubría la cabeza, un solo ápice de su aire vagamente provocativo y seguramente amenazador.

* En *El águila y la serpiente* (1926).

Seguía revistiéndose su palabra con las modulaciones de un timbre suave y rehuendo los dichos malsonantes o soeces. Sus ojos, ligeramente turnios, miraban aún con la misma pupila afirmativa, inquisidora. Mas con todo, aquella mañana su personalidad parecía envuelta en un velo opaco: sin estarlo de hecho, se veía marchito, envejecido.

Creí que venía, igual que tantas otras veces, en busca de dinero, pues a fuerza de buen general y buen revolucionario gastaba mucho. Los cientos los miles de pesos se les ecurrían por entre los dedos con más facilidad que si en cada mano tuviera una fábrica de bilimboques. Y como desde que entramos en México la Secretaría de Guerra —esto lo sabía él muy bien— estaba obligada a ser un banco, cada dos, cada tres días se llegaba hasta mi escritorio y me decía con su voz más suave y segura:

—Quiero ponerle a usted un recibito.

—¡Imposible! —le contestaba yo siempre—. No tenemos un centavo.

Pero él, que conocía el juego, insistía con los mayores recursos de sus dulzuras verbales y acababa llevándose la autorización para parte, por lo menos, de lo que esperaba. Claro que en esto yo no hacía sino ceñirme a las instrucciones de José Isabel Robles. “A Fierro —me había dicho— necesitamos tenerlo grato cueste lo que cueste.” Y, en verdad, el precio que por Fierro pagábamos no era excesivo en comparación con el de otros muchos: tan solo dos o tres mil pesos tres o cuatro veces por semana.

—Bueno —le pregunté esta vez la advertir que tras de saludarme no me decía nada—: ¿por cuánto el recibito?

—Por lo que guste —respondió—. Lo principal no es ahora eso... Quisiera hablarle..., hablarle en lo particular...

Y, sonriendo, subrayó las últimas palabras con una mirada hacia los dos taquígrafos que se encontraban junto a mi escritorio y hacia varios militares que esperaban, sentados en el estrado de enfrente, su turno de audiencia.

Mandé a los taquígrafos que se retiraran e invité a Fierro a sentarse en una butaca inmediata a mí.

—No —observo él—. Dificulto que así pueda hablarle sin estorbos. Despache usted a aquellos oficiales o vámonos a un lugar donde estemos solos de veras.

Adiviné entonces que se trataba de algo positivamente serio, de modo que, sin más explicaciones, me alcé del asiento e indiqué al general villista que me si-

guiera. Atravesamos la antesala y el despacho del ministro, donde a esa hora no estaban más que los ayudantes; abrí la puerta, disimulada en la pared, que daba acceso a la alcoba privada, y allí nos encerramos. Me senté en una silla mientras ofrecía otra a Fierro. Él no la aceptó, sino que prefirió sentarse en la cama, sobre cuya colcha de raso verde, arrojó el sombrero con aire de fatiga apenas perceptible. Miró a continuación, uno por uno, los muebles, las cortinas, la alfombra, los tapices; abrió los cajones del velador que tenía cerca, y, por fin, se puso a chupar el puro que traía en la boca, pero a chuparlo con atención tan reconcentrada, que se hubiera dicho que no pensaba más que en eso.

Yo, mientras tanto, lo estudiaba, esperando satisfacer una doble curiosidad: la que me inspiraba nuestra entrevista, impregnada ya de misterio, y la que jamás dejaba de producir en mí la presencia de aquella "bestia hermosa", según llamó a Fierro, un periodista yanqui. Lo último me embargaba particularmente. Porque Fierro, que era por su gallardía física un tipo inconfundible, gozaba, además, de una leyenda terrible y fascinadora: se le pintaba como autor de proezas y crueldades tan pronto espeluznantes como heroicas. Allí, cruzadas las piernas, bellas y hercúleas, puesto el codo sobre la rodilla, inclinado el busto hasta la mano —mientras los dedos maceraban el rollo de tabaco y la boca despedía humo—, le afloraba el carácter preciso, la luz propia, la irradiación exacta. Su naturaleza semisalvaje, disfrazada hasta pocos segundos antes tras la cobertura de palabras, maneras y gestos civilizados, chocaba estrepitosamente contra el ambiente de los delicadísimos muebles de caoba, y con los encajes y las colgaduras de brocado, como una piedra sin pulir que estuviere estropeándolo y desgarrándolo todo con sus aristas en bruto.

De pronto me miró a los ojos y me dijo:

—Acabo de matar a David Berlanga..., y créame usted que lo siento.

—¡A David Berlanga!

La imagen de aquel noble muchacho, todo abnegación y sinceridad, desinteresado, valiente, generoso, se me apareció íntegra. Creí verlo erguir el rostro pálido, la cabeza de cabellos largos y lacios, en el espacio que mediaba entre mí y la figura, ahora resueltamente brutal y sanguinaria, de Rodolfo Fierro. Lo recordé entregado, pocas semanas antes, a denunciar con denuedo ante la Convención Militar de Aguascalientes todas las mezquindades y corrupciones que corrían, como arroyos de cieno, por debajo de muchos hombres de la Revolución. Reconstruí de un solo trazo la órbita completa de su carrera de revolucionario joven, siempre postergado, siempre perseguido en secreto por los habilísimos inmorales que lograban escalar y conservar altos puestos a punta de intrigas, falsedades y traiciones. Y bajo la mirada del matador de hombres que tenía yo delante, experimenté de súbito un impulso horrible, una vaga

inclinación a volverme yo también asesino, como tantas otras gentes cuyo aire había estado respirando los últimos meses, y a manchar con sangre humana la rica alfombra de aquella estancia. Ignoro si fue el instinto del bien, o la cobardía, o el extraño dejo de súplica que nimbaba la fijeza con que los ojos de Fierro estaban clavados en los míos; pero el caso es que la volición profunda que me empujaba a poner mano a la pistola varió de curso y se transformó en estas tres palabras, que eran ya íntima y tácita, la aceptación de lo irremediable:

—Y ¿por qué?

—Por orden del Jefe.

Y entonces Fierro me lo contó todo.

“Berlanga —prosiguió— estuvo a cenar antenoche en Sylvain. En otro de los gabinetes reservados cenaban asimismo, con varias mujeres, algunos de los ayudantes del Jefe. Ya sabe usted lo que seguido ocurre en esos casos: se come mucho, se bebe demasiado, y luego, a la hora de pagar, el dinero falta. No me refiero a Berlanga, sino a los oficiales del Jefe. Pues bien, cuando les presentaron a los oficiales la cuenta, ellos se limitaron a firmar un vale por el importe y la propina. El mesero, claro, no se conformó, sino que se dispuso a rehusar el vale; pero, temiendo las consecuencias, fue a pedir consejo a Berlanga, a quien por lo visto conocían muy bien en el restaurante. Berlanga se indignó: se soltó a vociferar contra los militares que desprestigiaban a la bandera de la Revolución; dijo que la División del Norte estaba llena de salteadores, que los villistas no sabíamos triunfar sino por el robo, y cuando se cansó de gritar y echar pes-tes contra las fuerzas de mi general Villa, hizo efectivo el vale de los oficiales, para que el mesero no sufriera la pérdida, y para guardar el documento —declaró— como prueba de la conducta de las tropas del Jefe.

“Los oficiales, por supuesto, escucharon cuanto Berlanga había dicho y fueron con el chisme ayer en la mañana. Mi general Villa se puso furioso.

“—A esos perritos —dijo— que andan ladrándome y queriendo morderme el calcañar, voy a aplastarlos así.

Y alzó el pie, y lo dejó caer con una furia que yo mismo no le conocía. Acto seguido, me llamó aparte y me ordenó en voz baja:

“—Esta noche me saca usted a Berlanga de donde esté, y me lo fusila.

“Yo ¿qué podía hacer, salvo cumplir las órdenes? Ordenes de éstas, además, nunca me habían sorprendido ni molestado: va para años que estamos haciendo lo mismo, como usted sabrá. Ahora, muerto Berlanga, es cuando la

cosa empieza pesarme; porque, ¡palabra de honor!, Berlanga era hombre como pocos: lo ha demostrado en el fusilamiento. Jamas seré yo capaz de matar a otro como él, así me pase a mí el Jefe por las armas.

“De acuerdo con lo mandado, me puse a buscar a Berlanga a eso de la medianoche o la una de la mañana. Metí en dos automóviles un grupo de *dorados* y anduve, seguido de ellos, por diversos sitios. Luego me dirigí a Sylvain. Acabé por suponer que Berlanga estaría allí, porque recordaba haber oído decir a los oficiales, cuando hablaban con mi general Villa, que en Sylvain cenaba él las más de las noches.

“En efecto, cuando llegué al restaurante allí estaba. Al acercármele vi que llevaba buen rato de haber acabado la cena: se conocía en el puro que fumaba, quemado ya en más de la mitad y, a parecer, buenísimo, pues la ceniza, como enorme capullo, se mantenía todita pegada a la lumbre. Le dije que de orden de mi general Villa tenía encargo de pedirle que me acompañara y que sería inútil toda resistencia, porque venía yo con fuerzas bastantes para hacerme obedecer.

“—¿Resistencia? —me contestó—. ¿Qué se adelanta en estos casos con la resistencia?

“Llamó al mesero; pagó el gasto, cogió el sombrero y se lo puso reposadamente —cuidando, mientras hacía todo esto, que sus movimientos no desprendieran la ceniza del puro—, y salimos.

“No volvió a dirigirme la palabra hasta que estábamos entrando por la puerta del cuartel de San Cosme.

—¿Aquí es donde me van a encerrar?— me preguntó.

“—No —le respondí—. Aquí es donde lo vamos a fusilar.

“—¿A fusilar?... ¿Cuándo?

“—Ahora mismo.

“Y no pidió más explicaciones.

“Bajamos de los autos y entramos en el cuerpo de guardia. A la luz de la mala lámpara que allí ardía me fijé con cierta curiosidad en el aspecto de aquel hombre a quien íbamos a pasar por las armas sin más formalidades ni historias. Lo hice casi mecánicamente, y ahora lo deploro, porque Berlanga empezó entonces a interesarme. Seguía tan tranquilo como cuando lo encontré en Sylvain: no le había cambiado ni el color de la cara. Con la mayor calma que he vis-

to en mi vida se desabotonó el chaquetín. Se acercó a una mesa. Sacó de los bolsillos un librito de apuntes y un lápiz. En el librito escribió varias líneas, que deben de haber sido muchas, pues tardó algo y yo no vi que levantara el lápiz del papel ni que se detuviera, sino que escribió de corrido, como si supiera de antemano cuanto tenía que poner. En una hoja que arrancó del libro anotó otra cosa. Se quitó del dedo una sortija; sacó de los demás bolsillos algunos objetos, y, dándomelo todo, hasta el lápiz, me dijo:

“—Si es posible, le agradeceré que le entregue estas cosas a mi madre. En este papel he puesto el nombre y la dirección... Y estoy a sus órdenes.

“Su rostro se conservaba impasible. Su voz no acusaba el más leve rastro de emoción. Se abrochó el chaquetín, pero no de manera inconveniente, sino con pleno dominio de lo que estaba haciendo y atento todavía, como durante todas las operaciones anteriores, a que no se desprendieran las cenizas del puro. Estas, en el tiempo transcurrido, habían crecido muchísimo: el capullo blanco era ya bastante mayor que la base de tabaco que lo sustentaba.

“Salimos de allí.

“El ruido de nuestros pasos al cruzar los patios del cuartel me sonó a hueco, a raro, a irreal; aún lo traigo metido en las orejas como un clavo. Las caras apenas nos las veíamos, porque era poca la luz.

“Pasada una puerta, después de otras muchas, nos detuvimos: hice formar el pelotón de los *dorados* frente a una pared y me volví hacia Berlanga, como para indicarle que todo estaba listo. Él entonces pareció fijar en mí la vista unos instantes; luego inclinó la cabeza hasta cerca de la mano en que tenía el puro, y, por fin, dijo, contestando a mi actitud:

“Sí, en seguida. No lo haré esperar...

“Y durante algunos minutos, que para mí no duraron casi nada, siguió fumando. A despecho de las tinieblas, vi bien cómo apretaba cuidadosamente el puro entre las yemas de los dedos. Se adivinaba que, ajeno casi a su muerte inminente, Berlanga se deleitaba deteniéndose, a intervalos, para contemplar el enorme capullo de ceniza, cuyo extremo, por el lado de la lumbre, lucía con un vago resplandor color de salmón. Cuando el puro se hubo consumido casi por completo, Berlanga sacudió bruscamente la mano e hizo caer la ceniza al suelo, cual brasa a la vez brillante y silenciosa. Luego tiró lejos la colilla, y con paso tranquilo, ni precipitado ni lento, fue a ponerse de espaldas contra la pared... No se dejó vendar...”

—Ha sido un crimen horrible— le dije a Fierro después de una pausa larga.

—Sí, horrible —contestó, y se entregó de nuevo a la maceración de su tabaco, si bien ahora más ahincadamente que antes, obsesionado, atento al proceso formativo de la ceniza.

—En realidad —agregó a poco—, yo no soy tan malo como cuentan. También yo tengo corazón, también yo sé sentir y apreciar...

¡Que hombre más valiente Berlanga! Y ¡qué fuerte! Mire usted —y me mostró el cigarro—: desde esta madrugada ando empeñado en fumarme un puro sin que se le caiga la ceniza, pero no lo logro. Los dedos, que no gobiernan, se me mueven de pronto y la ceniza se cae. Y eso que no es malo el tabaco, yo se lo prometo. En cambio él, Berlanga, supo tener firme el pulso hasta que quiso, hasta el mismo instante en que lo íbamos a matar...